

Sobre el nacionalismo
y
otros textos
políticos



Sobre el nacionalismo
y
otros textos
políticos

George Orwell

Traducción
de
José Manuel Madrid

Uetraherido



Primera edición: mayo de 2023
Título original: *Notes on nationalism*
Publicado por primera en *Polemic* en 1945
© de la traducción: José Manuel Madrid, 2023
© de la presente edición: Editorial Letraherido, 2023
Avda. Pumarín, 7, Oviedo - 33001
www.editorialletraherido.com
ISBN: 978-84-126665-3-3
Depósito legal: AS 01187-2023
Maquetación y diseño: Ed. Letraherido
Imagen de la cubierta: *Mitín* de Editorial Letraherido
Impreso en España por Safekat

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 - 932 720 447).

Todos los derechos reservados. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso por escrito de los titulares de sus derechos.

Sobre el nacionalismo
y
otros textos
políticos

Sobre el nacionalismo

En algún lugar u otro Byron emplea la expresión francesa «*longeur*» y comenta de pasada que, aunque en Inglaterra no tenemos la palabra, tenemos el concepto en cantidades considerables. De forma similar, hay un hábito mental que está tan extendido hoy en día que afecta a nuestro pensamiento con respecto a casi todos los temas, pero que todavía no ha sido definido. Como palabra equivalente más cercana yo he elegido «nacionalismo», pero rápidamente se verá que no la empleo en un sentido ordinario, aunque solo sea porque la emoción a la que yo me refiero no siempre está vinculada con lo que se denomina una nación, es decir, una raza o una área geográfica. Puede estar vinculada con una religión o una clase social, o puede manifestarse en un sentido negativo, contra esto o aquello, sin que exista nada a lo que le confirmamos nuestra lealtad de forma positiva.

Por «nacionalismo» yo me refiero antes que nada al hábito de asumir que los seres humanos se pueden clasificar como los insectos y que grupos enteros de millones, o decenas de millones, de personas se pueden etiquetar sin miedo como «buenos» o «malos»¹. En segundo lugar —aunque mucho

¹ Habitualmente se piensa en las naciones, e incluso en entidades más vagas como la Iglesia Católica o el proletariado, como sujetos y frecuentemente nos referimos a ellas como si fueran personas. Comentarios notoriamente absurdos como «Alemania es traicionera por naturaleza» se

más importante— me refiero a la costumbre de identificarse personalmente con una nación particular u otro grupo, que se considera que está más allá del bien y del mal y no se reconoce otra obligación que la de defender sus intereses. No se debe confundir el nacionalismo con el patriotismo. Ambas palabras se usan normalmente en un sentido tan vago que cualquier definición es susceptible de crítica, pero hay que hacer una distinción entre ellas, ya que se trata de dos ideas diferentes, e incluso opuestas. Por «patriotismo» yo me refiero a la devoción a un lugar y un modo de vida concretos, que uno considera los mejores del mundo, pero que no tiene ningún deseo de imponer a otros. El patriotismo es de naturaleza defensiva, tanto militar como culturalmente. El nacionalismo, por el contrario, es inseparable del deseo de poder. El deseo constante de todo nacionalista es conseguir más poder y más prestigio, pero no para él mismo, sino para la nación o el grupo en el que haya decidido enterrar su individualidad.

Todo esto es bastante obvio, si se echa un vistazo a los movimientos nacionalistas más visibles e identificables de Alemania, Japón y otros países. En relación con un fenómeno como el nazismo, que podemos observar desde fuera, casi todos nosotros diremos más o menos lo mismo sobre él. Pero aquí yo debo repetir lo que he dicho antes, que solo empleo la palabra «nacionalismo» por falta de una mejor. El nacionalismo, en el sentido amplio de la palabra, como

encuentran en cualquier periódico que uno abra y prácticamente todo el mundo emplea generalizaciones temerarias sobre el carácter nacional («el español es un aristócrata natural» o «todo inglés es un hipócrita»). Intermitentemente estas generalizaciones se consideran infundadas, pero el hábito de hacerlas persiste y personas de un perfil claramente cosmopolita, como por ejemplo Tolstoi o Bernard Shaw, a menudo son culpables de hacerlas. Nota del autor, salvo que se diga lo contrario todas las notas son del autor.

yo la empleo, incluye fenómenos como esos, pero también movimientos como el comunismo, el catolicismo político, el sionismo, el antisemitismo, el trotskismo y el pacifismo. No significa necesariamente lealtad a un gobierno o a un país, mucho menos al país propio, y ni siquiera es estrictamente necesario que existan realmente los grupos a los que se vincula. Por citar unos pocos ejemplos, el judaísmo, el islam, la cristiandad, el proletariado y la raza blanca son todos objetos de fuertes sentimientos nacionalistas, pero su existencia se puede cuestionar seriamente y no hay ninguna definición de ninguno de ellos que sea aceptada universalmente.

También merece la pena subrayar una vez más que el sentimiento nacionalista puede ser puramente negativo. Por ejemplo, hay trotskista que se han convertido simplemente en enemigos de la Unión Soviética, sin desarrollar ningún tipo de lealtad hacia otro grupo. Cuando uno comprende las implicaciones de esto, la naturaleza de lo que yo llamo nacionalismo se vuelve mucho más clara. Un nacionalista es uno que piensa exclusivamente, o principalmente, en términos de prestigio competitivo. Puede ser un nacionalista positivo o negativo —es decir, puede emplear su energía mental para ensalzar o denigrar—, pero sus pensamientos siempre derivarán en victorias y derrotas, triunfos y humillaciones. El nacionalista ve la historia, especialmente la historia contemporánea, como el ascenso y la caída de grandes grupos de poder y cada suceso histórico le parece una demostración de que su propio bando está en alza y algún rival odiado en declive. Pero es importante no confundir el nacionalismo con el simple culto al éxito. El nacionalista por principio no se alía simplemente con el lado más fuerte. Al contrario, una vez que ha tomado partido, se convence a sí mismo de que su grupo es el más fuerte y es capaz de mantener su creencia

incluso cuando los hechos están completamente en su contra. El nacionalismo es hambre de poder atenuado por el autoengaño. Todo nacionalista es capaz de la deshonestidad más flagrante, pero también está absolutamente convencido de tener razón, porque es consciente de servir a algo más grande que él mismo.

Ahora que he dado esta definición del nacionalismo, quizás demasiado extensa, considero que se admitirá que el hábito mental del que hablo está muy extendido entre la *intelligentsia* inglesa, más que entre la gente. Para aquellos que están muy interesados en la política contemporánea ciertos tópicos se han emponzoñado tanto con consideraciones de prestigio que un enfoque verdaderamente racional es casi imposible. De entre los cientos de ejemplos que podría poner, hagamos esta pregunta: ¿Cuál de los tres grandes aliados, la Unión Soviética, Inglaterra y los Estados Unidos, ha contribuido más a la derrota de Alemania? En teoría debería ser posible dar una respuesta razonada, e incluso una conclusiva, a esta pregunta. En la práctica, sin embargo, no se pueden llevar a cabo los razonamientos necesarios, porque cualquiera que sea susceptible de romperse la cabeza con esta pregunta la verá inevitablemente en términos de prestigio competitivo. Por lo tanto empezará decidiendo en favor de Rusia, Inglaterra o Norteamérica según corresponda y solo luego empezará a buscar los argumentos que parezcan respaldar su posición. Y hay miles de preguntas similares a las que usted solo puede obtener una respuesta honesta de alguien que sea indiferente al tema en cuestión, y cuya opinión al respecto probablemente sea insignificante en cualquier caso. A esto se deben, parcialmente, los grandes errores de nuestro tiempo a la hora de hacer predicciones políticas y

militares. Es curioso pensar que, entre todos los expertos de todas las escuelas de pensamiento, no hubo ni uno solo que fuera capaz de prever un evento tan probable como el pacto ruso-alemán de 1939². Y cuando la noticia del pacto salió a la luz se dieron explicaciones extremadamente diferentes y se hicieron predicciones que inmediatamente se revelaron erróneas, porque estaban basadas en casi todos los casos no en un cálculo de probabilidades, sino en el deseo de hacer parecer buena o mala, fuerte o débil, a la Unión Soviética. Los comentaristas políticos y militares, como los astrólogos, pueden sobrevivir a casi cualquier error, porque sus seguidores más devotos no acuden a ellos en busca de una valoración de los hechos, sino de un estímulo para sus filias nacionalistas³. Y los juicios estéticos, especialmente los juicios literarios, están a menudo igual de podridos que los militares. Sería difícil para un nacionalista indio disfrutar leyendo a Kipling o para un conservador reconocer el mérito de Myakovsky, y siempre existe la tentación de afirmar que cualquier libro con cuya ideología estamos en desacuerdo

2 Unos pocos escritores de tendencia conservadora, como Peter Drucker, predijeron un acuerdo entre Alemania y Rusia, pero esperaban una alianza real o una alineación que fuera permanente. Ningún escritor marxista o de izquierda, o de cualquier color, se acercó ni siquiera a predecir el pacto.

3 Los comentaristas militares de la prensa popular pueden clasificarse en su mayoría como prorosos o antirusos, reaccionarios o progresistas. Errores como creer que la Línea Maginot era indestructible, o predecir que Rusia conquistaría Alemania en tres meses, no han hecho mella en su reputación, porque siempre dicen lo que su audiencia quiere oír. Los dos críticos militares más favorecidos por la *intelligentsia* son el capitán Liddell Hart y el comandante general Fuller, el primero de los cuales enseña que defender es mejor que atacar y el segundo que atacar es mejor que defender. Esta contradicción no ha evitado que ambos sean considerados autoridades por el mismo público. La razón oculta para que ambos estén en boga en círculos de izquierda es que ambos están a mal con la Secretaría de Guerra.

es un mal libro desde un punto de vista literario. La gente con marcado perfil nacionalista a menudo es culpable de este sesgo sin ser consciente de actuar deshonestamente.

En Inglaterra, si uno simplemente considera el número de gente, es probable que la forma dominante de nacionalismo sea el jingoísmo inglés a la vieja usanza. Es cierto que todavía está muy extendido, mucho más de lo que la mayoría de los observadores hubieran creído posible doce años atrás. Sin embargo, en este ensayo yo me ocupo principalmente de las reacciones de la *intelligentsia*, entre cuyos miembros el jingoísmo y el patriotismo a la vieja usanza están casi muertos, aunque ahora parecen revivir dentro de algunas minorías. Entre la *intelligentsia* huelga decir que la forma dominante de nacionalismo es el comunismo, empleando esta palabra muy libremente para incluir no solo a los miembros del Partido Comunista, sino también a otros «compañeros de viaje» y rusófilos. Un comunista, a efectos de este libro, es alguien que ve la Unión Soviética como su patria y considera su obligación justificar la política rusa y defender los intereses rusos a cualquier precio. Obviamente esta gente abunda en Inglaterra hoy en día y su influencia directa e indirecta es muy grande. Pero también florecen muchas otras formas de nacionalismo y lo mejor para valorar los hechos es darse cuenta de los puntos comunes entre corrientes de pensamiento diferentes, e incluso aparentemente opuestas.

Hace diez o veinte años la forma de nacionalismo que más se asemejaba al nacionalismo de hoy en día era el catolicismo político. Su exponente más notable —aunque quizás era más un caso extremo que uno típico— era G.K. Chesterton. Chesterton era un escritor de talento considerable que no dudaba en renunciar tanto a la sensibilidad como a la honestidad intelectual para hacer propaganda del catolicismo

romano. A pesar de su inteligencia y laboriosidad, durante los últimos veinte años de su vida, más o menos, toda su creación fue una repetición interminable, simple y aburrida de lo mismo, como que «Diana de los Efesios es grande». Cada libro que escribía, cada trozo de diálogo, tenía que demostrar más allá de cualquier duda razonable la superioridad del católico sobre el protestante o el pagano. Pero Chesterton no se contentaba con considerar esta superioridad simplemente intelectual o espiritual, tenía que traducirse en términos de prestigio competitivo y poder militar, que ocasionaban una idealización ignorante de los países de origen romano, especialmente de Francia. Chesterton no vivió mucho tiempo en Francia y su imagen del país —como una tierra de campesinos católicos que cantan sin parar *La marsellesa* mientras sujetan vasos de vino tinto— guardaba la misma relación con la realidad que *Chu Chin Chow* con la vida cotidiana en Bagdad. Y esto no solo venía acompañado de una gran sobrevaloración del poder militar francés (tanto antes como después del período 1914-18 Chesterton mantuvo que Francia, por sí sola, era más fuerte que Alemania), sino también de una glorificación vulgar y estúpida de la guerra real. En comparación con los poemas de guerra de Chesterton, como *Lepanto* o *La balada de santa Bárbara*, *La carga de la caballería ligera* parece un tratado pacifista; hablamos quizás de las piezas más pomposas y cursis escritas jamás en inglés. Lo más curioso es que Chesterton habría sido el primero en mofarse de la basura romántica que él escribía habitualmente sobre Francia y el ejército francés, si la hubiera escrito cualquier otro sobre Inglaterra y el ejército inglés. En política interior era un *inglesito*, un verdadero enemigo del jingoísmo y del imperialismo, y según él un verdadero amigo de la democracia. Pero cuando echaba un

vistazo al teatro internacional, Chesterton podía olvidarse de sus principios sin ni siquiera darse cuenta de que lo hacía. Así, su creencia casi mística en las bondades de la democracia no evitó que admirara a Mussolini. Mussolini había destruido el gobierno representativo y la libertad de prensa por los que Chesterton tanto había luchado en casa, pero Mussolini era italiano y había hecho fuerte a Italia y eso zanjaba la cuestión. Chesterton tampoco encontró nunca nada que decir sobre el imperialismo y la conquista de las razas de color, cuando se trataba de italianos o franceses. Su sentido de la realidad, su gusto literario e incluso, hasta cierto punto, su sentido moral se alteraban en cuanto sus filias nacionalistas hacían acto de presencia.

Obviamente hay muchos puntos comunes entre el catolicismo político, como lo ejemplifica Chesterton, y el comunismo. Como los hay entre cualquiera de estos dos y por ejemplo el nacionalismo escocés, el sionismo, el antisemitismo o el trotskismo. Sería simplificar demasiado decir que todas las formas de nacionalismo son iguales, incluso en su atmósfera mental, pero hay ciertos aspectos que están presentes en todas. Las principales características del pensamiento nacionalista son las siguientes:

Obsesión. En la medida de lo posible ningún nacionalista piensa, habla o escribe sobre nada que no sea la superioridad de su propio grupo de poder. Para cualquier nacionalista es difícil, si no imposible, esconder sus lealtades. La crítica más nimia de su grupo, o cualquier alabanza implícita de una organización rival, lo llena de inquietud, que solo puede aliviar haciendo algún comentario cortante. Si el grupo en cuestión es un país real, como Irlanda o la India, el nacionalista generalmente afirmará su superioridad no solo en poder militar y virtud política, sino también en el arte,

la literatura, el deporte, la estructura de la lengua, la belleza física de sus habitantes y quizás incluso en el clima, el paisaje y la gastronomía. Mostrará mucha sensibilidad con respecto a cosas como el despliegue correcto de las banderas, el tamaño relativo de los titulares y el orden en que se nombran diferentes países⁴. La nomenclatura juega un papel muy importante en el pensamiento nacionalista. Los países que han logrado la independencia o han pasado por alguna revolución nacionalista normalmente cambian su nombre, y cualquier país u otro grupo que inspire fuertes sentimientos nacionalistas es probable que tenga varios nombres, cada uno de los cuales tiene diferentes connotaciones. Los dos bandos de la Guerra Civil Española tenían entre ambos nueve o diez nombres que expresaban diferentes grados de amor u odio. Algunos de estos nombres (por ejemplo, «nacionales» para los seguidores de Franco o «leales» para los defensores del gobierno legítimo) eran muy cuestionables y no había ni uno solo sobre el que los dos bandos enfrentados se hubieran podido poner de acuerdo para usar. Todos los nacionalistas consideran su obligación extender su propia lengua en detrimento de las lenguas rivales y, entre los ingleses esta lucha se presenta en una forma extremadamente sutil, como una lucha entre dialectos. Los americanos anglófobos se negarán a usar frases coloquiales si saben que son de origen inglés, y detrás del conflicto entre latinizantes y germanizantes a menudo se esconden motivos nacionalistas. Los nacionalistas escoceses insisten en la superioridad de los escoceses de las tierras bajas y el nacionalismo de los socialistas adopta la forma de odio de clase contra el acento BBC, e incluso con-

⁴ Algunos norteamericanos han expresado su disgusto porque «angloamericano» es la forma de combinar estas dos palabras y han propuesto «americano-británico» en su lugar.

tra la «a» larga. Además, los nacionalistas a menudo dan la impresión de creer en la magia simpática, una creencia que probablemente se manifiesta en la costumbre muy extendida de quemar las efigies de sus enemigos políticos, o usar imágenes suyas como dianas en los campos de tiro.

Inestabilidad. La intensidad con que se abrazan no evita que las lealtades nacionalistas sean transferibles. Para empezar, como ya he señalado, pueden estar ligadas, y a menudo lo están, a un país extranjero. Uno descubre frecuentemente que grandes líderes nacionales, o los fundadores de movimientos nacionalistas, ni siquiera pertenecen al país que ensalzan. A veces son completamente extranjeros, aunque más a menudo proceden de áreas periféricas donde la nacionalidad es dudosa. Ejemplos de ello son Stalin, Hitler, Napoleón, de Valera, Disraeli, Poincaré o Beaverbrook. El movimiento pangermano fue en parte la creación de un inglés, Houston Chamberlain. Durante los últimos cincuenta o cien años, el nacionalismo transferido ha sido un fenómeno común entre los intelectuales y los escritores. Con Lafcadio Hearne la transferencia fue a Japón, con Carlyle y muchos otros coetáneos suyos fue a Alemania y en nuestra propia época es normalmente a Rusia. Pero el hecho peculiar e interesante es que la *transferencia* también es reversible. Un país u otro grupo que ha sido adorado durante años se puede volver de repente detestable y algún otro objeto de afecto puede ocupar su lugar prácticamente sin transición. En la primera versión de *Esbozo de la historia* de H.G. Wells, y en otros escritos suyos de la misma época, uno ve que alababa a los Estados Unidos casi con la misma extravagancia con la que los comunistas alaban a Rusia hoy en día; pero en unos pocos años esa admiración acrítica se convirtió en hostilidad. El comunista fanático que en unas pocas semanas, o incluso

días, se convierte en un trotskista igual de fanático es un espectáculo común. En la Europa continental los movimientos fascistas se reclutaron en su mayoría entre los comunistas y el proceso inverso bien podría ocurrir en los próximos años. Lo que permanece constante en el nacionalista es su marco mental: el objeto de sus sentimientos es mudable, e incluso podría ser imaginario.

Pero para un intelectual la transferencia cumple una función importante que yo ya he mencionado brevemente al hablar de Chesterton. Hace posible que sea todavía más nacionalista —más vulgar, más tonto, más malo, más deshonesto— de lo que podría ser nunca en nombre de su propio país, o de cualquier grupo del que sepa realmente algo. Cuando uno ve la basura servil y arrogante que personas considerablemente inteligentes y juiciosas escriben sobre Stalin, el Ejército Rojo, etc., uno se da cuenta de que esto solo es posible porque ha tenido lugar ese tipo de desplazamiento. En sociedades como la nuestra, es inusual que alguien que se pueda calificar de intelectual sienta un vínculo muy fuerte con su propio país. La opinión pública —es decir, la parte de la opinión pública de la que él es consciente como intelectual— no le permitiría hacerlo. La mayoría de la que gente que lo rodea es escéptica y desafecta, y él puede adoptar la misma actitud por imitación o cobardía pura y dura, en cuyo caso habrá abandonado la forma de nacionalismo que tiene más a mano sin adquirir un perfil más internacional. Todavía siente la necesidad de una patria y es natural que busque una en el extranjero. Habiéndola encontrado, puede regodearse sin restricciones en las mismas emociones de las que cree haberse emancipado. Dios, el rey, el imperio, la Union Jack, todos los ídolos caídos pueden reaparecer con otros nombres y, como no se reconocen como lo que son, se pueden adorar